

LA PERSONA ES LO PRIMERO

25 de Octubre de 2020

Evangelio según MATEO 22, 34-40

Los fariseos, al enterarse de que Jesús había tapado la boca a los saduceos, se congregaron y uno de ellos, que era jurista, le preguntó para ponerlo a prueba:

-Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?

-Él le contestó:

-«*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente*». Este es el mandamiento principal y el primero, pero hay un segundo no menos importante: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». De estos dos mandamientos penden la Ley entera y los profetas.



Es difícil aceptar que Dios ama. ¿Cómo lo podremos decir hoy a las víctimas de las guerras, a los que mueren de hambre en África, a los empobrecidos españoles...?

En el amor de Dios se cree, se cree mirando a Jesús. En Jesús conocemos cómo es Dios. Vemos cómo es Dios viendo a Jesús jugarse el prestigio por los marginados de su tiempo. Más difícil aún vivir en el amor en un mundo de extraños, competidores... Para entenderlo bien, es imprescindible mirar cómo lo vivió el mismo Jesús: imperturbable servidor de todos los humildes, arriesgado sanador, recuperador de los despreciados, rompedor de tabúes a favor de extranjeros, marginados, mujeres... Más difícil aún celebrar la eucaristía con quienes están dispuestos a acoger en ella verdugos y cómplices de injusticias. La radicalidad de Jesús fue precisamente una toma de postura radical a favor del que sufre y en contra del que hace sufrir. Y no hay mayor sufrimiento que perder la vida, no hay víctimas más víctimas que los inocentes que son

privados de los más básicos derechos. No cabe duda, que esos son los primeros que deben ser



amados, defendidos y amparados, y que, si hay quienes no los consideran primeros en ese amor, defensa y amparo, esos tales padecen una profunda obcecación, que les hace confundir gravemente los criterios del evangelio, subordinándolos a otros criterios lejanos, ajenos, e incluso opuestos a los valores y criterios de Jesús.

Todo esto marca decisivamente la vida, pues significa alabar la existencia desde su raíz; tomar parte en la vida con gratitud, optar siempre por lo bueno y lo bello; vivir con corazón de carne y no de piedra; resistirnos a todo lo que traiciona la voluntad de Dios negando la vida y la dignidad de sus hijos e hijas.

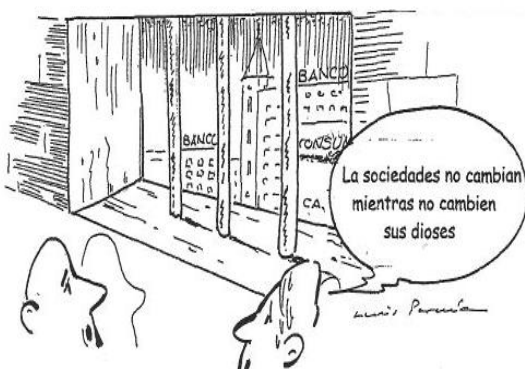
Por eso el amor a Dios es inseparable del amor a los hermanos. Así lo recuerda Jesús cuando dice: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No es posible el amor real a Dios sin escuchar el sufrimiento de sus hijos e hijas.

No está descaminados quienes resumen el mensaje de Jesús como “pasión por Dios y compasión por la humanidad”.

LA FARSA

*Son malos tiempos para la justicia.
Vengan a ver la farsa,
el decorado roto, la peluca mal puesta,
palabras de cartón y pantomima.
Son malos años para la justicia.
Como el mar no es azul,
los barcos equivocan la cuenta de sus olas.
Como el dinero es negro,
la moneda menguante de la luna
ha pagado el recibo de la noche.
Son malos meses para la justicia.
Se citaron el crimen y el silencio,
no descansan en paz los perseguidos,
el ladrón y el avaro se reúnen
y la ley no responde a la pregunta
de la bolsa o la vida.
Son malos días para la justicia.
Más de cuatro millones de recuerdos
naufrogan con sus nombres en la cola del paro.
Los vivos han perdido la memoria
y los muertos no tienen donde caerse muertos.
Son malas horas para la justicia.
La política sueña
una constitución en la que refugiarse.
Los periódicos piden
una buena noticia que llevarse a la boca.
El poeta no encuentra
las palabras que quiere para decir la verdad,
reparación, historia,
porque son malos tiempos,
porque los tribunales
se han sentado a cenar en la mesa del rico.
Vengan aquí y observen,
es el tinglado de la nueva farsa,
la toga sucia y el culpable limpio.*

Luis García Montero



PARA REFLEXIONAR

- ¿Amo a Dios sobre todas las cosas?
¿Cómo se concreta?
- ¿Hasta qué punto me siento comprometido con los pobres? ¿Creo que esa cuestión es también cosa mía?

Ven conmigo, extranjero, ven conmigo,
que hay que borrar del mapa las fronteras
y limpiar las leyes de prejuicios.

Ven conmigo, emigrante, ven conmigo,
que hay que limpiar de escollos el camino
y hacer posible pronto nuestro encuentro.

Ven conmigo, amigo, ven conmigo,
olvidemos las penas y el pasado
y juntos construyamos el futuro.

Ven conmigo, hermano, ven a casa
que Dios es nuestro Padre, el mío, el tuyo,
y el mundo es nuestro hogar... el tuyo, el mío.

Troquelados/as por el amor: No habrían de ser las normas quienes decidieran en último término los comportamientos humanos sino el amor. Es una ingenua utopía, pero su verdad se manifiesta en la posibilidad de ser troquelados/as por el amor. Y esa posibilidad existe. El amor moldea el interior cuando se adquiere una perspectiva humanista de la vida, cuando no se funciona únicamente por expectativas de ganancias, cuando se depone una manera existencialmente intolerante de situarse ante los demás.